

La Radiología balear en la primera mitad del siglo XX

José María Rodríguez Tejerina

La noche del 7 de noviembre de 1895, hace ahora cerca de cien años, en el laboratorio de Física de la Universidad de Wurzburg, en Baviera, Wilhelm Konrad Röntgen descubrió, casi por azar, unos rayos capaces de penetrar a través de muchos cuerpos opacos, incluso de los tejidos humanos, y dibujar las interioridades de nuestro organismo; la inquietante silueta del esqueleto (1)

Un descubrimiento sensacional

Röntgen desconcertado, no quiso, en un principio, ni siquiera comentar su hallazgo con su mujer, Bertha Ludwing.

Wilhelm Konrad era un físico alemán huraño, introvertido, antipático. No tenía amigos. En sus raros ratos de ocio gustaba huir a la soledad de las montañas. Los escondidos senderos, la claridad de las cimas, eran los únicos y silenciosos confidentes de sus lucubraciones científicas.

Pronto, sin embargo, la existencia de aquellos extraños rayos de estructura desconocida, a los que denominó X, se divulgó por el mundo civilizado.

Publicó Röntgen una memoria, muy escueta, de cuatro páginas: *Über eine neue Art von Strahlen*. "Solo en pocos clásicos de la Ciencia fue dado decir tanto en tan pocas palabras", afirmará, años más tarde, un historiador.

(1) Hacía unas semanas que había fallecido Luis Pasteur. Un mes más tarde los hermanos Lumière, darían a conocer, en París, en el salón Indier, el cinematógrafo.

Fue, en las postrimerías del siglo XIX la primera demostración del inmenso poder de los medios de comunicación, representados entonces por periódicos y semanarios. Tal enfado produjo en Röntgen la frenética divulgación de sus experiencias que, ordenó en su testamento, fueran quemados, tras su muerte, todos los escritos, protocolos, anotaciones que se hallaban en su minúsculo, oscuro laboratorio y que se refirieran a los rayos X.

Descubrimiento, por otra parte, que había donado a la Humanidad, sin querer percibir por el mismo recompensa económica alguna. Con igual generosidad de la que hiciera gala, años atrás, Luis Pasteur con sus hallazgos microbiológicos.

Difundió la prensa la existencia de los misteriosos rayos en artículos sensacionalistas, en burlonas caricaturas.

Realizó, al fin Röntgen unas modestas demostraciones ante la Sociedad Físico Médica de Warburg. Ensayó primero con una baraja de naipes; después con una caja de madera que contenía una variedad de pesas de precisión. Por último con la mano de su abnegada esposa Bertha. Que, al cabo de quince minutos de exposición a las radiaciones, mostró la urdimbre de sus huesos. El asombro de los asistentes fue enorme. Y fueron datos suficientes para maravillar al mundo científico, que adivinó enseguida las múltiples posibilidades diagnósticas que entrañaba el hallazgo. Y hasta se esperanzó presumiendo sus propiedades curativas.

Reacciones contrarias

Pero no todos fueron artículos ditirámicos. Hubo también reacciones muy adversas. Se denominó, despectivamente, a las placas radiográficas, *fantasmogramas*. En un periódico de Londres se profetizó que habría "pocas personas que se prestaran a hacerse un retrato que sólo muestra los huesos y las sortijas de los dedos".

Además, argüía un diario, la radiografía era impúdica, indiscreta forma de fotografía. Reproducía el interior del cuerpo humano, los secretos mas íntimos de nuestra persona. *No privacy*, fue el título de otro artículo, publicado éste en un periódico de Nueva York.

Por si fuera poco, los médicos tradicionales se aferraban a sus clásicos métodos de exploración. Un famoso traumatólogo afirmó que, a él le bastaba con la palpación para diagnosticar una fractura ósea.

En España, el celeberrimo Letamendi, "genio médico de la época", advirtió, burlón, que la radiografía, "era el arte de ver sombras chinescas en el interior del cuerpo humano".

La Montaña Mágica

El desdén por las placas radiográficas también se manifestó en el campo, dramático, de los enfermos de tuberculosis pulmonar. La Literatura de aquellos años se hizo eco de este sentimiento, tan peyorativo. Thomas Mann, en su magistral novela, *La Montaña Mágica*, describe al doctor Berhem, el prestigioso médico jefe del Sanatorio Antituberculoso Berghof, en Davós, que únicamente creía en los diagnósticos que efectuaba percutiendo y auscultando primorosamente a sus pacientes. Y midiendo su temperatura con el "cigarro de azufre", el termómetro.

Hans Castorp, el tímido protagonista de la novela, cuando, por fin, es conducido a la pequeña habitación del sótano en la que está instalado el primitivo aparato de rayos X y que huele intensamente a ozono, se asusta. No sabe si se encuentra "en el taller de un fotógrafo, en una cámara oscura, en la cueva de un inventor o en una oficina técnica de la hechicería".

Le obligan a sentarse y sostener contra su desnudo pecho, con ambos brazos, una fría placa metálica. Luego, "estallan descargas como disparos. Una chispa azul

vibra en la punta del artilugio. Unos relámpagos suben crepitando a lo largo del muro... y una botella se llena de un líquido verde".

Settembrini, un viejo tuberculoso que lleva ya muchos años internado en el Berghof, comenta a Castorp que, las placas radiográficas no sirven más que para confundir a los médicos. Recuerda el caso de un joven, completamente sano, que llegó tiempo atrás al Sanatorio. En su placa radiográfica aparecieron unas imágenes que se interpretaron, falsamente, como cavernas fímicas...

Mas se impuso, a la larga, la validez clínica, diagnóstica y terapéutica de los rayos X.

Y Wilhelm Konrad Röntgen recibió el primer premio Nobel de Física en el año 1901.

Llegan a Palma los Rayos X

A Palma de Mallorca había arribado un rudimentario aparato de rayos X en 1898. Lo compró en París el doctor palmesano don Pedro Jaume Matas. Era de la marca *Radiguet*. Tenía una bobina de alta tensión de 400.000 voltios y presentaba un grave inconveniente; era muy caro. Costaba entre 625 y 750 pesetas.

Otro médico palmesano ya conoció, por entonces, las virtudes de los rayos X. Dos años antes, el 24 de enero de 1896, pocos meses después del hallazgo de Röntgen, en el anfiteatro de la Facultad de Medicina de Barcelona, en su Salón de Actos, sede hoy del de la Real Academia de Medicina, tuvo lugar la obtención de unas radiografías merced a "estos rayos misteriosos, capaces de descargar cuerpos electrizados".

Sesión de la que fue testigo de excepción el doctor don José Sampol Vidal, quien en su epítome, *Recuerdos de juventud de un médico viejo*, recuerda la emoción que le produjo cuando aún era estudiante de primer año de la carrera, pre-

senciar esta sesión científica, celebrada en presencia del claustro completo de profesores de la Facultad y a la que se permitió la entrada a los alumnos de diferentes cursos. Un personaje desconocido "maravilló a todo el mundo logrando una espléndida placa fotográfica de unas tijeras, pinzas y otros instrumentos metálicos, obtenida a través de las paredes de una caja de madera herméticamente cerrada". Por un indudable error figura en el citado librito la fecha de 1903, en vez de la de 1896, que fue cuando sucedió el histórico evento.

Don Pedro Jaume Matas, como se dijo, fue el propietario del primer aparato de rayos X que existió en Palma de Mallorca. Pronunció en el Colegio Médico Farmacéutico, unas conferencias en las que habló sobre, *Técnica de los rayos Röntgen*, que serían recogidas y publicadas en un folleto de 18 páginas, en 1898.

En la *Revista Balear de Ciencias Médicas*, el 15 de mayo de 1896, habían aparecido también otros cuatro trabajos suyos: *Fotografías según el procedimiento de Röntgen*, *Fotografías de lo invisible*; *sus aplicaciones al diagnóstico quirúrgico*, *Los rayos X en Cirugía ocular*, y, *Fotografía del contenido del útero por los rayos Röntgen*.

En números posteriores de la *Revista*, de 30 de noviembre de 1896 y de 30 de abril de 1897, se habla de las múltiples aplicaciones de los rayos X; desde el tratamiento del cáncer de estómago a la tuberculosis, aunque se señalan ya las lesiones que puede producir su uso en las manos de los médicos. Lustros después se podían constatar las consecuencias lesivas, a veces letales, de la exposición continuada a los Rayos Röntgen.

En la primera mitad del siglo XX

El profesor de física don Ricardo Becerro de Bengoa, en 1896, había divulgado

en España el conocimiento de los rayos X, que fueron valorados en Clínica Humana muy positivamente por el doctor Antonio Espina y Capó (tío del último gobernador republicano en Mallorca), en Madrid; y los doctores Cesar Comas y Agustín Prió en Barcelona.

Por todas las provincias españolas se difundió, en los albores del siglo XX, la Radiología. Sus cultores llegaron a fundar una publicación periódica, la *Revista Española de Electrología y Radiología Médicas*. El meritorio quehacer de los radiólogos fue reconocido, profesional y socialmente, en el *V Congreso Internacional de Electrología y Radiología* presidido por don Luis Cirera y Salse, que se celebró en Barcelona en 1910 y al que asistió un ilustre ginecólogo mallorquin, el doctor don José Sureda y Massanet.

Porque, desde sus comienzos, se creía en las virtudes curativas de los rayos X y se asociaba su acción a la de otras técnicas de electroterapia. Proliferaron los anuncios que recomendaban su uso para el tratamiento de numerosas dolencias: "los baños de luz parciales y generales, el calor radiante luminoso, la electricidad estática y dinámica, la ozonización, el masaje lumínico y... los rayos X".

Luis Cirera y Salse, médico de la Armada destinado en Mallorca, dio en 1892 una conferencia sobre Electrología en el Colegio de Médicos.

Uno de los pioneros de los rayos X en Mallorca fue un galeno francés, Pablo Chabeneix, que estuvo establecido, a principios de nuestra centuria, en Palma, en la calle Mirador nº 1.

Fueron apareciendo sucesivamente otros gabinetes de Radiología, antes del inicio de la Guerra Civil: el de Andrés Muntaner Ramonell y Mario Trujillo Costa, médicos ambos que se establecieron en la calle Morey nº 8, en el entresuelo derecha del edificio que alberga en la actualidad a la Real Academia de Medicina y Cirugía de Palma de Mallorca. Otro con-

sultorio radiológico estuvo ubicado en la "cuesta del duro" y perteneció a los doctores Bartolomé Vanrell Camps y Francisco Sancho Sagaz. Sancho era hijo de un médico famoso, de igual nombre y primer apellido. Se había licenciado en Barcelona, en 1908. Figura inscrito en el Colegio de Médicos de Baleares como radiólogo. Había realizado un cursillo de la especialidad radiológica en París en 1913, en la Fundación Chaptel.

Francisco Sancho Sagaz llegó a ser Presidente del Colegio de Médicos y pronunció en el mismo una conferencia titulada, *Resultados de la radioscopia profunda*.

Poseían, por entonces, aparatos de rayos X, la Clínica Valdés, como luego reseñaremos y el Patronato Antituberculoso, un Heliodor éste 80 por 80, Siemens. Existió otro artilugio parecido en la Casa de Socorro, sin protección alguna por cierto. Y, en la Clínica Juaneda. Don Onofre Juaneda, su propietario, tenía además un gramo de radium, con el que trataba a los enfermos de diferentes tipos de cáncer: de próstata, matriz y, sobre todo, epitelomas cutáneos. En la Clínica, situada en los aledaños de Son Espanyollet, figuraban, en sus paredes, dos lemas:

Escopi en terra es de bruts, y, Una mosca du la mort.

En otra pared podía contemplarse un gran ojo y un dedo que proclamaban el "ojo clínico" de don Onofre. Ojo que, sin duda alguna, era potenciado por el "artilugio mágico" que poseía la Clínica; los rayos X. El precioso recurso técnico que permitía ver lo que se escapaba a la simple visión. La exploración por rayos X incrementaba la confianza del paciente en los médicos que utilizaban tan modernos aparatos, tan a la "última". Crematísticamente constituían un éxito completo.

Lo de sugerir no escupir en el suelo y temer a las moscas, nos recuerda la novela de Albert Vigoleis Thelen, *La isla de la segunda cara*, en la que se exageran los defectos cívicos de los mallorquines por los años 30.

El Hospital Militar

Las pintorescas peripecias que acaecieron en el incipiente Servicio de Radiología del *Hospital Militar de Palma de Mallorca* durante la Guerra Civil, han sido descritas en la obra autobiográfica del doctor Bartolomé Mestre Mestre titulada, *¿La última palabra?*.

Bartolomé Mestre, siendo aún soldado médico raso, fue destinado en 1936 al Hospital Militar de Palma de Mallorca. Y le confiaron el gabinete de Radiología, pese a saberle ignorante, en absoluto, del funcionamiento del aparato de rayos X. Un condescendiente médico civil (2) le enseñó los rudimentos del oficio, cómo manejar aquellos extraños artilugios rebosantes de electricidad. Buscó, sin hallarlo, en las bibliotecas y librerías de Palma, algún libro de Radiología. No lo encontró. Como Dios le dio a entender obtuvo unas placas radiográficas muy defectuosas, que revelaba un ayudante que era, en la vida civil, dependiente de una tienda de tejidos. Mestre, precavido, se protegía las manos con unos gruesos guantes emplomados y se cubría el cuerpo con un delantal, de plomo también.

Llegó al fin, como jefe de Radiología, un comandante médico, don Mariano Navarro Moyá, que no estaba en posesión del diploma de la especialidad y conocía muy poco o nada el manejo de los rayos y denominaba despectivamente de *chirim-boloterapia* a los aparatos de electroterapia. Navarro era hombre de carácter violento, agresivo, discutiendo, hacía gala de una falsa erudición por saber hablar un poco en alemán.

El aparato de rayos X del Hospital procedía de un médico, Beltrán, de un

(3) Debió ser don Andrés Muntaner Ramonell, que prestó servicio en el Hospital Militar "con carácter voluntario y completamente gratuito, desde el 22 de julio de 1936 hasta el 4 de mayo de 1937", "Habiendo facilitado un aparato portátil de su propiedad, por carecer en éste Establecimiento del mismo".

pueblo de Mallorca, FÉlanitx, que se había suicidado. Su viuda la vendió a los militares. Debía cuidarse mucho el funcionamiento del tubo, no sobrecargarlo, pues no existían recambios del mismo en Mallorca. El *chisme inútil*, como lo llamaba también peyorativamente don Mariano Navarro, se estropeó y estuvo sin funcionar mucho tiempo, hasta que llegaron unos repuestos de Italia.

Bartolomé Mestre realizó varias radioscopias de tórax. Él mismo se hizo una placa y constató tenía un ganglio calcificado que había sido, tal vez, pensó, el causante de una febrícula, astenia, sudoración profusa que padeció de adolescente y cuya etiología pasó entonces desapercibida.

Señala Marañón que, por aquellas calendas, se hacían desafortunados diagnósticos radiográficos de *ganglios o adenopatías pulmonares*, a niños y adolescentes enclenques, con discretas febrículas. No siempre fueron ciertos estos juicios. La sombras hiliares eran, muchas veces, bronquios, vasos anormales. No se diagnosticaban en cambio, los cánceres bronquiales.

Otro niño, Camilo José Cela, aquejó parecidos síntomas, según cuenta en su texto autobiográfico, *Memorias, entendimientos y voluntades*. El tisiólogo don Jacobo López Elizagaray, médico de la Casa Real, además de auscultarle cariñosamente, le mandó hacer una radiografía de tórax y aseguró a la madre del futuro premio Nobel de Literatura que la sombra que veía en la placa era la del corazón y no la de una gigantesca caverna. Recetó al muchacho reposo, aire libre, unas medicinas convencionales y predijo se curaría pronto.

Eras pues, aún, por los años 30, la radiografía una técnica diagnóstica rara, más peligrosa que útil. Confundidora. Cela, cauto, cronista puntual, no la menciona en su novela, *Pabellón de reposo*. Habla

solamente, del examen de esputos, de la meticulosa medida de la temperatura a los internados.

Don Gregorio Marañón, crítico con los rayos X, solía referirse a las *epidemias de aortitis radiográficas* de estos años anteriores a 1936. A muchos varones de más de 45 años se les diagnosticaba, erróneamente, tras explorarlos en la pantalla, de antiguos sifilíticos y se les trataba con salvarsán y bismuto. La acusación de ser sifilíticos acarrea serios problemas familiares; disputas conyugales, ruptura de matrimonios.

Es curioso constatar, ya en la raya histórica de la Guerra Civil, que, en el mar Mediterráneo, frente a las costas orientales de Mallorca, en el buque-hospital *Marqués de Comillas* que trajo con sus huestes anarquistas el capitán Bayo en el verano del 36, existía un aparato de rayos X, que manejaba con harta solvencia el doctor Porras, mientras su mujer se ocupaba de la farmacia del navío.

Los tres equipos quirúrgicos del *Marqués de Comillas*, con sus jefes, los cirujanos Pueo, Jarufe y Noé, utilizaron en bastantes ocasiones los rayos X para localizar trozos de metralla; extraer proyectiles bajo control radioscópico, con unas largas pinzas que se introducían en el trayecto de la herida producida por la bala, como preconizaba el cirujano militar don Manuel Bastos Ansart.

No hubo aparatos de rayos X en la primera línea del frente. Tampoco en el frente nacional de Manacor. Que tuvo por hospital el ubicado en la ciudad del mismo nombre, en lo que es hoy cine Goya, y cuyo director fue Miguel Ferrando.

Don José Rovira Sellarés

La figura más conocida de la Radiología en Mallorca en los años anteriores e inmediatamente posteriores a la Guerra Civil, fue, sin duda alguna, la del médico palmesano don José Rovira Sellarés.

Nació don José en *Ciutat*, en 1897. Falleció a los 88 años de edad en su misma ciudad natal, en 1985. Estudió la carrera en Valencia. El título de licenciado le fue expedido en Madrid, en 1921. Hizo su especialidad de Radiología en Alemania, coincidiendo con las, posteriormente, principales personalidades de la Radiología Española, como su buen amigo el profesor don Carlos Gil y Gil, catedrático, tiempo más tarde, de Terapéutica Física en la Facultad de Medicina de Madrid.

Rovira regresó a España en 1929 y se estableció en Palma de Mallorca en 1930, en un piso de la Plaza de San Francisco. La Guerra Civil interrumpió sus quehaceres médicos. Su hermana, *donya Miquela* era la esposa de *Emili Darder*, el alcalde republicano de Palma, que fue fusilado. Su mujer, *María Lluïsa*, era hija de *Bernat Marqués*, prohombre de izquierdas también ejecutado. No es cierto, como escribe Georges Bernanos en *Los grandes cementerios bajo la luna*, que don José Rovira Sellarés fuera asesinado a su vez. Sí estuvo encarcelado en Ca'n Mir, más de 100 días.

Terminada la contienda, ya en 1941, pudo trasladar su gabinete a la calle Misión nº 4, donde todavía subsiste, regido hasta hace pocos meses por el doctor Antonio Alastuey Pruneda.

En 1942 el Doctor Rovira importó de los EE. UU. un aparato de radioterapia semiprofunda de la General Electric Company, el primero que se instaló de estas características en Baleares. Académico Numerario de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Palma de Mallorca, pronunció en 1955 el parlamento inaugural de dicho curso bajo el título, *Progreso y evolución de la Radiología*.

Los rayos Röntgen se cobraron su trágico tributo de sangre en su hijo, Bernardo Rovira Marqués, que falleció en plena juventud, el 8 de marzo de 1975, víctima de una leucemia adquirida en la práctica de la especialidad paterna, que él también ejerció con loable, heroica vocación.

En la primera mitad del siglo veinte, la Medicina Balear atravesó un período de atonía. El empleo de los rayos X no pasaba de ser un gesto exploratorio mágico, excepcional. Vinculado casi exclusivamente, al diagnóstico de las fracturas óseas. A la localización de cuerpos extraños. Al conocimiento de la pelvis femenina. Al examen del parénquima pulmonar de los tísicos.

De la posguerra al año 50

Luego de los mil días de horrores de la Guerra Civil Española, sobrevino otra tragedia, la Segunda Guerra Mundial. Que, aunque se acercó a la frontera pirenaica no penetró en nuestro país, pero, aumento, todavía más, nuestra penuria económica, acrecentó el hambre, las enfermedades infecciosas; hizo mayor nuestro aislamiento cultural y científico del mundo exterior.

La década de los años 40 fue pródiga en atroces acontecimientos bélicos en el mundo que culminaron, tal vez, en el Holocausto Judío y en el lanzamiento de bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, en 1945. El mismo año, en octubre, en el que, compensadoramente, Fleming, Florey y Chain obtuvieron el premio Nobel de Medicina por el descubrimiento de la penicilina. En el que, en febrero, se implantó en España el Seguro Obligatorio de Enfermedad.

Pese a tantas dificultades, proliferaban en Mallorca las pequeñas clínicas privadas, dotadas todas ellas de vetustos aparatos de rayos X. Eran los tiempos de los venerables aparatos de las marcas Blitz, Drault, Raulot, Lapointe, Raycourt; Siemens.

Había clínicas de primera categoría, como la del doctor Francisco Valdés Guzmán, que contaba con 14 camas y estaba en la calle Antillón, en el Ensanche. Su arcaico aparato de rayos X producía, al funcionar, gran cantidad de chispas, un sin fin de siniestros chisporroteos.

Recordaba al temible artillero del sanatorio del Bergholf de Davós, que aterrorizara al buenazo de Hans Castorp, el protagonista de *La Montaña Mágica*. Era seguramente un Blitz, sino un Radiguet.

Otra menuda clínica, mas asimismo de primera clase, era la *Planas*, dirigida por el doctor Antonio Grau. Uno de sus dueños, don Antonio Planas, sufrió las consecuencias lesivas de las radiaciones en sus manos. La *Clínica Peñaranda* gozaba también de cierto prestigio. Don Virgilio García Peñaranda, médico militar había sido “depurado”, por republicano. El turbulento don Miguel Ferrando poseía una, a su vez, en el Paseo Mallorca, esquina a la Puerta de Santa Catalina, entre la Riera y la Santa Cruz.

Cabe referirse a la clínica de don Pedro Alcover Sureda, sita en la calle Alcina nº 48, en Son Espanyolet, y la de don Jaime Munar; y a la clínica de la *Mútua Balear*.

Un centro de asistencia médica privado, ya de segunda categoría, por su menguada capacidad de camas, era la clínica de los hermanos Llompart, en la Avenida del Gran Coliseo, junto a la Plaza de Toros nueva. Tenía nueve plazas y se dedicaba a la Cirugía, Urología, Enfermedades de la Mujer, Radiumterapia, Radioterapia, Diatermia y Rayos X.

De igual segunda categoría eran las clínicas de los doctores Damián Deyá y Juan Pieras Alegre.

En 1944 se inauguró la *Clínica Rotger*, “una obra que enorgullece Mallorca”, proclaman los periódicos, que estaba dotada, entre otros tantos adelantos, claro está, de un aparato de rayos X.

Realizaban exploraciones radiológicas, exclusivamente del aparato digestivo, los médicos Javier Garau Armet y Eugenio Brazis, en sus consultorios de la calle Rubén Darío, 28.

La *Clínica Juaneda* había sido alquilada por Juan, el hijo de don Onofre, también médico, al morir su padre, por mil pesetas al mes, a la Marina de Guerra, en

1936, y exhibía ahora el nombre de *Clínica Naval de Baleares*. Los médicos de la Armada, primero don Luis Villanúa y más tarde don Luis Gonzaga Rodríguez, realizaban las radioscopias de tórax. Para hacer placas radiográficas se recurría a los servicios de dos médicos civiles, don Andrés Muntaner Ramonell y don Mario Trujillo Costa, ayudados por el practicante de la Armada don Javier Pastor Quijada. Años más tarde fue destinado a la misma como radiólogo el también médico de la Armada don Felipe Arquero. El aparato de la *Clínica* era “uno muy ligero”, de la marca Siemens.

Don Andrés Muntaner y don Mario Trujillo también estuvieron destinados, en diversas épocas, como médicos radiólogos en el *Hospital Militar de Palma de Mallorca*, el primero, como sabemos, de 1936 a 1937 y, el segundo, desde 1946 hasta 1948.

El primer radiólogo titulado como tal del *Hospital Militar de Palma de Mallorca* fue el capitán médico don Agustín Hernández Álvarez en 1948, luego, a los pocos meses, fue relevado por el también capitán don Aquilino Martínez Pazos, médico de carácter impulsivo, que fallecería prematuramente en 1954 por ingerir una fuerte dosis de butazolidina para combatir su artrosis cervical.

El siguiente radiólogo lo sería don Andrés Goerlich Valencia, al que sucedería, en 1960, el asimismo médico militar diplomado en Radiología en el Hospital Militar de Carabanchel, don Antonio Alastuey Pruneda.

Los aparatos de rayos X que existían por los años 40 en el *Hospital Militar*, recuerda el doctor Alastuey, eran un Sisi-centrón y un Philips Medio D 500. Para radioterapia se utilizaba un 220-12 C.G.R. Se hallaban en las salas de Radiografías, con sus dos arcos de diafragma; el antiguo dormitorio de las monjas del convento de Santa Margarita.

El actual director del *Hospital Militar*, el coronel médico don Federico Quintana,

nos ha facilitado, amablemente, relación puntual de los aparatos de Radiología y Electroterapia que existían por aquellos años en el *Hospital*. Había tres Salas de Radiología; la 1, izquierda; la 2, izquierda; la Sala 1, derecha y la 3. En la Sala 1 izquierda había un aparato RX 400 Ma. En la Sala 2 izquierda estaba el aparato de radioterapia profunda Siemens. En la Sala 1 derecha de Radiología se encontraba un aparato de onda corta, otro de corrientes galvanofarádicas, un aparato de rayos X dental portátil, otro aparato de rayos X portátil 15 ma. En la Sala de Radiología derecha existía un aparato RX Philips D-500. En la actual Peluquería se hallaba el aparato de rayos X antiguo, sin protección AT (alta tensión). En la Sala de Radiología 3 se encontraba un aparato de Fotoseriación Serie Omat-Siemens.

Los Servicios de Radiología y Radioterapia del *Hospital Provincial* y de la *Residencia de la Seguridad Social de Son Dureta*, estuvieron a cargo del doctor Alejo Llull de Diego.

En el *Hospital Provincial* se practicaba la radiumterapia. Contaba el *Hospital*, con 7 ú 8 agujas de radium, que tenían cada una su correspondiente certificado de garantía firmado por madame Curie. Existía, también un aparato de radioterapia profunda.

Realizaban en aquellas calendas radioscopias simples en sus respectivos consultorios, amén de los ya mencionados, muchos médicos palmesanos. Citemos entre ellos a los doctores Juan y Miguel Manera Rovira y a don Marcial García Roglá. Poseían sendos Heliadors Siemens.

En contados casos, profesionales poco escrupulosos, cuyos nombres omitimos, realizaban falsas y prolongadas exploraciones radioscópicas, hacían funcionar

largamente el ventilador del aparato de rayos X para justificar así unos elevados honorarios. Se murmuraba que alguno de estos "galenos" hacía ponerse tras la pantalla fluorescente a los pacientes masculinos completamente vestidos, para comprobar los duros de plata que portaban en el chaleco y cobrarles en consecuencia. Que otro hacía radioscopias de abdomen a los afectos de blenorragia.

En 1950 habían regresado a España los embajadores extranjeros. La "dialéctica del fútbol" había conseguido un señalado triunfo al marcar Zarra un gol a Inglaterra en el Estadio carioica de Maracanã. Se abrían, al fin, nuevas y fecundas perspectivas para nuestro país. Adquiría la Radiología un merecido prestigio, ético y científico, una importancia decisiva en el diagnóstico de numerosas dolencias, preferentemente la tuberculosis pulmonar, enfermedad muy extendida el año 42. Ahora sí que, a partir sobre todo de 1954, cuando se establece en Palma el radiólogo don Matías Ensenyat Alemany, merced a las nuevas técnicas röntgenológicas, se podían desvelar, minuciosamente, los entresijos del cuerpo humano. Y se columbraban ya, en lontananza, más sofisticados aún métodos radiológicos; la tomografía, los contrastes artificiales, las radiografías seriadas, la ecografía, el TAC, la resonancia magnética. Se contemplaban, asimismo, esperanzadores avances en Radioterapia; la bomba de cobalto, los isótopos radioactivos; la sugestiva radiología intervencionista

Quedaban muy lejos, difuminadas por la nostalgia, las imágenes de la mano de Bertha Ludwig, la esposa devota de Röntgen, mostrando los huesecillos de sus dedos, interrumpido el anular por la sombra de un ancho y romántico anillo de casada.